JUAN LOPEZ Y JOHN WARD

Poema de Jorge Luis Borges

Les tocó en suerte una época extraña.

El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras.

López había nacido en la ciudad junto al río inmóvil; Ward, en las afueras de la ciudad por la què caminó Father Brown. Había estudiado castellano para leer el Quijote.

El otro profesaba el amor de Conrad, que le había sido revelado en un aula de la calle Viamonte.

Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel.

Los enterraron juntos, La nieve y la corrupción los conocen.

El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender.

(*Por Santiago O'Donnell*) Se formó en la Escuela Argentina Modelo, en Riobamba entre Santa Fe y Marcelo T. de Alvear, institución que sirvió de cuna intelectual para algunos de nuestros líderes más reconocidos, entre ellos el supersabueso Ricardo Cossio y el patricio canciller de la guerra de Malvinas, Nicanor Costa Méndez.

De familia tana por parte del padre e inglesa del lado de la madre, Alvaro Simonetta, así se llama, fue abanderado durante toda la escuela primaria y secundaria. Imbatible en matemáticas, insuperable en geografía, sus compañeros de clase lo recuerdan siempre con la mano levantada.

Era consciente del sacrificio que sus estudios le acarreaban a su familia, donde la plata no sobraba. Su viejo estaba en el negocio inmobiliario y su madre, Ruth María Orejas Temperley, era maestra de escuela. Además de la cuota del colegio, sus padres supieron pagarle una maestra particular de inglés, idioma que le resultaría de suma utilidad en las islas Malvinas.

Escuchó su primera ópera antes de cumplir los ocho años. Desde niño se tutea con Hamlet y Otelo. Leía a C. H. Lewis, Stevenson y Twain en inglés. Más tarde, a través de Borges, descubrió a De Quincey, Conrad, Coleridge y los clásicos rusos.

Le encanta el lenguaje de las metáforas: "Ponéle que te gusta Chick Corea y sabés que él admira mucho a Charlie Parker. Bueno, te dan ganas de escuchar a Charlie Parker. A mí me pasaba lo mismo con Borges y los autores que él admiraba."

Pero su fuerte eran los números. A nadie le sorprendió que al recibirse se anotara en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. La colimba interrumpió su carrera en primer año. La guerra lo sorprendió diez días antes de que le tocara la baja.

El sabía que iban al muere. "Yo acepto que se pretenda recuperar un territorio a través de la diplomacia, y eventualmente a través de la acción militar como extensión de la diplomacia. Pero el bestia de Galtieri, White Horse mediante, nos mandó para salvar su situación política. Desde el punto de vista militar, no tenía sentido. Era como decir 'a este Mike Tyson no me lo banco, le voy a llenar la cara de dedos.' Así nos fue."

Recuerda que a su jefe de Regimiento, el general Mario Cándido Díaz, se le ocurrió que políticamente le convenía ofrecer su regimiento al esfuerzo de guerra, y por eso el Regimiento 3 de Infantería Mecanizada de La Tablada, básicamente un rejuntado de colimbas porteños, partió a Malvinas. A Díaz nunca lo vio en las islas. Cree que cambió de puesto antes de embarcar. Lo compara desfavorablemente con el coronel Mohamed Alí Seineldín, a quien todos vieron en las trincheras, en primera fila.

A Simonetta le tocó un agujero en las playas de Puerto Argentino, y por sus conocimientos de inglés sus compañeros le asignaron la tarea de comprarles comida a los kelpers de Puerto Argentino, misión que implicaba eludir la vigilancia de la policía militar. Cuando no tenían plata, comían la basura de los generales que ocupaban las mejores casas del pueblo. "Lo que ellos desechaban, para nosotros era un manjar."

Tiene mil historias de los bombardeos que debieron soportar, muertos de frío y con fusiles anticuados que no funcionaban. Historias de héroes y cobardes, de compañeros estaqueados, de decisiones estratégicas que no resistían el más mínimo análisis.

Hasta que el 11 de junio llegó la orden de tomar el monte London porque se venían los ingleses y había que pararlos. Su jefe de compañía se largó a llorar, se subió a una ambulancia y desapareció. Un par de compañeros se pegaron un tiro en la pierna. Simonetta se armó hasta los dientes, se paró delante de su pelotón y avanzó como un autómata. Al llegar al pie del monte se refugió detrás de unas piedras y comenzó a disparar. Era de noche y no se veía nada más que sombras y fogonazos. De golpe apareció un compañero corriendo que le avisó que rajara porque los ingleses se venían con todo. Partió en retirada pero lo alcanzó la bala de una ametralladora. El plomo le pinchó el pulmón y le rompió dos costillas. Casi no lo sintió, pero no podía levantarse. Se arrastró hasta un pozo y preparó su fusil. Decidió que si iba a morir, se llevaría a unos cuantos ingleses. La ametralladora lo hostigó toda la noche, mientras él hacia un repaso de su vida. Había estado bien, pero le hubiera gustado casarse y tener hijos.

Los ingleses nunca llegaron. Lo rescató un cabo que se había cargado a los de la ametralladora. "Por él me enteré que eran comandos galeses y que estaban redrogados. El tipo que manejaba la Mag estaba herido y escuchaba música en un walkman mientras disparaba."

El regreso a Puerto Argentino fue un martirio alucinante. Lo arrastraron hasta una enfermería que estaba en llamas, después viajó desnudo en un camión que zigzagueaba entre las bombas. El frío le calaba los huesos. No podía respirar. La suerte y la solidaridad de varios compañeros conspiraron para que llegara vivo al hospital de Puerto Argentino. Lo operaron a los apurones y lo despacharon en helicóptero a un buquehospital, casi al mismo tiempo que los ingleses izaban su bandera en los últimos bastiones argentinos. Estaba a salvo.

Volvió herido, anémico, desnutrido, con pie de trinchera y principio de gangrena. Su madre, que se pasó la guerra llamando a las radios y golpeando la puerta de los cuarteles, no soportó tanto sufrimiento. Murió de un cáncer fulminante a pocos días del reencuentro. Su padre se borró. Simonetta y su hermana Patricia tuvieron que hacerse cargo de todo.

Salió a trabajar de maestro particular de matemática, física y química. Se enamoró de una chica, Dafne Morrow, y se fueron a vivir juntos. Consiguió una beca en IBM que luego llevó a un trabajo en una compañía petrolera.

Su gran anhelo, el de toda su vida, era recibirse de ingeniero. Mientras él se recuperaba, su amigo Gustavo Horn, su escolta en la Argentina Modelo, le hizo los trámites para que no perdiera su condición de alumno regular. Simonetta recuerda amargado que cuando fue a pedirles a los profesores que le dieran fecha para rendir los parciales y así recuperar algo del tiempo perdido, muchos le contestaron que no hacían favores especiales. En abril de 1983 empezó a cursar y en mayo de ese año salió el decreto universitario que regularizaba la situación de los ex combatientes.

"Pero me explicaron que como el decreto salió recién en mayo, y las clases ya estaban empezadas, me habían borrado de los registros y tenía que empezar el año de nuevo. Lo que más bronca me da de toda la experiencia de Malvinas, además del deterioro de mi madre, es que perdí tres años de mi vida: uno por la colimba, otro por la guerra, y otro por culpa de un decreto."

Para un tipo como Simonetta, tiene que doler que sus compañeros de colegio ya se hayan recibido y que a él todavía le falten unos cuantos finales. Tampoco debe estar muy contento con su promedio de ocho y pico, más allá del esfuerzo que le demandó bancarse solo y levantar la deuda que dejó la muerte de su madre.

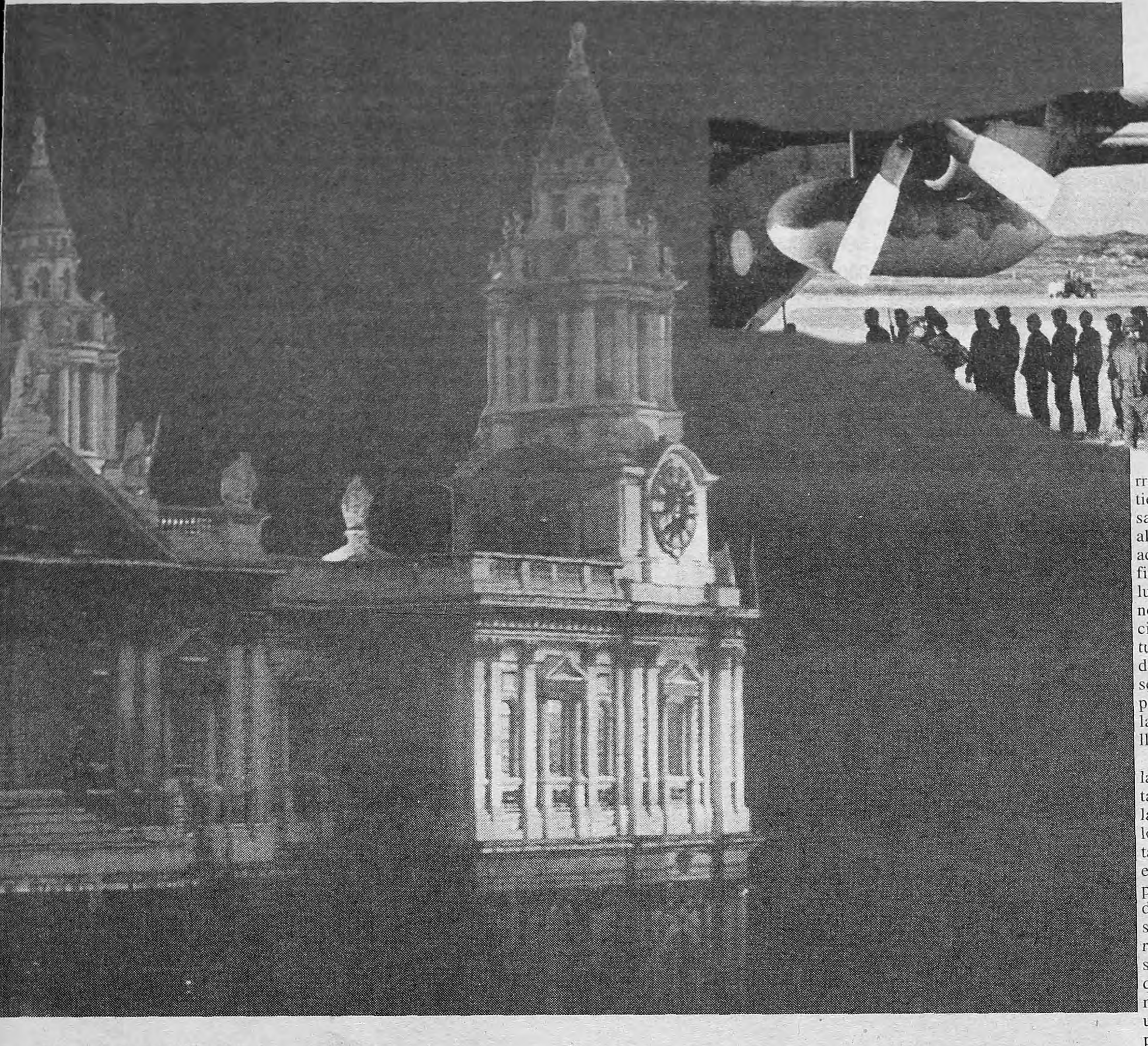
"Yo tuve todas en contra. Conozco muchos tipos que con muchos menos inconvenientes no pudieron salir adelante. Salvo dos excepciones, el hecho de ser ex combatiente no me abrió ninguna puerta. Al contrario: tuve que soportar el estigma del loco de la guerra."

Se interesa por sus compañeros de armas pero no quiere hacer política del árbol caído: "Sería bueno que se ocupen de los compañeros porque muchos volvieron muy mal. Una pensión de guerra no estaría mal pero no sé de dónde saldrían los fondos. El presupuesto previsional está en bancarrota y el de defensa también."

Hoy sueña con un posgrado en administración de empresas y le gustaría recibir una beca de una universidad argentina de primer nivel, porque él no lo puede pagar y siente que lo merece. "No pido que me regalen el diploma. Pero sería lindo que alguien me dijera 'para nosotros sería un honor que un tipo que defendió la patria estudie en nuestra universidad'."

PROFESABA EL AMOR DE CONRAD

Jorge Luis Borges pudo haber soñado o inventado a Juan López y John Ward. Pero también pueden haber sido Alvaro Simonetta Temperley o Tim Lynch. Uno nació junto al Río de la Plata y estudió en la Escuela Argentina Modelo. Aprendió inglés para leer a Joseph Conrad y Mark Twain, aunque no sabía por entonces que también le serviría un día para comprarles comida a los kelpers. El otro vive en las afueras de Londres y es antropólogo social. Había leído historias sobre los gauchos y guardaba en algún lugar de su casa una foto del Obelisco. La guerra los juntó un día de 1982 "en unas islas demasiado famosas". Tim Lynch vio aparecer a un soldado argentino, apuntó y puso el dedo sobre el gatillo. A Alvaro Simonetta lo alcanzó una bala.



CADA UNO DE LOS DOS FUE CAIN

Página/12 EN GRAN BRETAÑA

(Por Marcelo Justo, desde Londres) Des-le la cresta de la colina, oculto por a altura y las rocas, los cuatro sol-lados argentinos que huían deso-ientados al fin de la batalla de Tum-bledown eran un blanco fácil. Tim Lynch tenía 19 años, el ojo en la mi-a, el dedo en el gatillo y la memo-ia cargada desde muy lejos por re-cuerdos e imágenes de gloria mili-ar. Estaban las interminables histo-ias de su abuelo, soldado de la Se-gunda Guerra Mundial, de su padre, orgulloso continuador de la tradi-ción militar, las batallas que había visto en películas y revistas, la ad-mirada figura de John Wayne al mando de alguna acción heroica e ndispensable. Los cuatro soldados eguían huyendo arrinconados por a geografía rocosa y el miedo y Lynch sintió el cuerpo tenso, dis-puesto a disparar. "En ese momen-o tenía un poder absoluto. Quería matarlos porque eran los malos de a película, porque estaban allí, pe-o sobre todo porque estaba en mi poder hacerlo. La vida de esos sol-lados estaba en mis manos", co-menta Lynch 14 años después, la voz por momentos enfática y por momentos dubitativa, como si estu-viera hablando de él mismo y de otra persona, de un extraño inexplicable-mente alojado en su memoria.

Licenciado en Antropología So-cial, psicoterapeuta y pacifista, Lynch habla pausadamente, busca as palabras porque sabe que allí puede encontrar una fórmula que evoque y apacigüe los fantasmas de a guerra. Durante años ha convivi-do con esa escena, ha sido en una y mil variantes ese extraño que apun-taba desde la colina, ese protagonis-a de pesadillas y de recuerdos ines-perados y punzantes que liquidaban el placer de un día de sol o de un pa-seo por un parque. Durante años, cuando andaba por colinas o páramos, sintió ataques de ansiedad, una necesidad a veces obsesiva de ir tanteando el terreno, de cerciorarse de que no había un peligro acechándolo desde el fondo de la tierra. Sabe que está ahora hablando, que puede respirar una y mil veces más porque las fuerzas argentinas cometieron errores técnicos inconcebibles. La otra cara del poder absoluto que sintió en la cresta de la colina –la indefensión, el peligro de aniquilamiento– ocurrió unos días más tarde en Puerto Stanley cuando sin darse cuenta pisó una mina que no estalló porque tenía todavía el seguro puesto. "Los pilotos argentinos eran brillantes pero muchas de las bombas que arrojaban no explotaban porque habían sido mal ensambladas. Lo mismo pasaba con los fusiles de los soldados. En muchos casos eran más modernos que los nuestros, pero no disparaban porque estaban oxidados por falta de cuidado. Lo mismo pasó, por suerte, con los campos minados", dice.

Era su primera guerra y la sed de identidad y pertenencia, el sueño de masculinidad y gloria, el sonido y la furia de los 19 años borraban el miedo, cualquier posible objeción. "En la guerra los soldados argentinos eran blancos, obstáculos. No era que los odiara: simplemente no existían. Recuerdo que estaba ansioso por llegar al lugar, por no perdérmela. Estaba en el equipo de helicópteros, encargado de las transmisiones de radio, y me acuerdo de estar volando muy bajo, con los pies colgando fuera del aparato y el piloto silbando Wagner como si no estuviéramos en el Atlántico Sur, como si fuera el Vietnam de la película de Coppola, *Apocalipsis now*." El cambio sobrevino cuando dejó el ejército, cuando comprobó que nunca sería el héroe que había imaginado porque la sociedad británica se había olvidado de la embriaguez patriótica que había despertado la guerra, y ahora miraba a los ex combatientes con algo de vergüenza y cansancio, como si fueran los restos de alguna efímera aventura amorosa, aceptable al compás del alcohol y la fiesta y eternamente repudiable a la luz del día. "Nadie quería saber de nosotros. Cuando fui a ver a un oficial en el ejército encargado de actuar como puente en la readaptación de soldados a la vidacivil, me aconsejó que lo mejor que podía hacer para empezar a abrirme camino en la vida civil era vender mis medallas de guerra", dice.

La guerra empezó a ser otra cosa: la ansiedad y el insomnio, el malestar y la extrañeza. Volvió a estar en la cresta de la colina, volvió a ver a los soldados huyendo, volvió a apuntarlos una y mil veces con el dedo en el gatillo, pero ahora sentía el desamparo de sus enemigos y la desgarradora ignorancia que los hacía creer a salvo. Volvió a recordar –sin querer recordar– la sensación de poder absoluto y esos dos eternos minutos en que tuvo que decidir si disparaba o no. "Tenía que decidir si constituían un peligro o no para nuestras fuerzas pero sobre todo tenía que sobreponerme a ese deseo de matar, a ese poder que tenía sobre ellos."

No disparó. Pero durante años se despertó sobresaltado en el medio de la noche asediado por esa otra persona que en una fracción de segundo había elegido no ser. "Espero que hayan podido reintegrarse a sus fuerzas. Pero esa escena me obsesionó durante mucho tiempo. Por eso mismo no sé si hubiera participado en las ejecuciones de Monte Longdon. Me imagino que no. Me gusta pensar que soy un tipo normal, civilizado. Pero no lo sé. En todo caso, estoy seguro de que no los hubiera parado."

El fin de la guerra y el tiempo cambiaron la percepción de todo el conflicto. "Pensábamos que íbamos a defender un lugar que era británico. Después me di cuenta de que estábamos defendiendo un lugar que le habíamos robado a Argentina. Es un problema muy difícil, porque ahí viven muchos británicos a los que a regañadientes se les quitaría la ciudadanía. Y pienso que todos tienen derecho a elegir si quieren pertenecer a una nación o no." Le gustaría conocer Argentina, de la que sólo había escuchado algunas historias de gauchos y guardaba una postal del Obelisco en algún armario de su casa, y desde el conflicto siguió la política nacional. Su propia experiencia lo llevó a estudiar primero antropología social y luego a formar grupos de asistencia para el trauma de guerra. Hace tres años tuvo un inesperado visitante: Horacio, un veterano de guerra argentino. "En cierto sentido, los veteranos de guerra argentinos y británicos tenemos mucho más en común entre nosotros que con nuestras sociedades civiles. Fue muy agradable. Tomamos té, charlamos unas dos horas, lamentablemente no tuvimos más tiempo. Le regalé mi birrete, me regaló el suyo." ¿Cómo equipos de fútbol? "Sí, como equipos de fútbol."

LOS CHICOS DE LA GUERRA

QUIENES FUERON, COMO SON

Tienen más de treinta años pero seguirán siendo siempre "Los chicos de la guerra". Algunos están bien, trabajan, estudian, tienen una familia. Otros están mal, desocupados, enfermos, sin un lugar para vivir. Todos sienten que son héroes, y que nadie les reconoció nunca el sacrificio de haber marchado a pelear a las islas Malvinas cuando eran apenas adolescentes. Sienten que nadie quiere recordar.

(Por S. O'D.)

–Hola. ¿Cómo estás?

Fabián Riveiro

"Ahora estoy bastante bien, volví a la facultad, que es algo que tenía muchas ganas de hacer, pero me costó bastante. Cuando volví de Malvinas nos pegaban por todos lados. Habíamos partido como héroes, con la plaza llena de gente, y volvimos como perros en la oscuridad, por la puerta de atrás. Yo me encerré en mí mismo, estuve varios años encerrado. Nos basureaban mucho. Tuvimos una cantidad grande de gente que se suicidó, más de 200, y yo me encerré mucho pero pude salir. Ahora me parece que hay como un resurgimiento de interés por el tema Malvinas, la cosa está mejor. Especialmente los chicos de los colegios, es una cosa impresionante. Cuando vamos a dar charlas nos preguntan de todo y se emocionan cuando les contamos lo que vivimos.

Yo sentí que tenía que ir a defender lo nuestro, no me preguntés por qué. Cuando nos dieron la orden de rendirnos me dio una bronca terrible. Los compañeros que tuvieron que bajar nuestra bandera estaban llorando. Fue algo durísimo. Sentí que no habíamos cumplido con lo que habíamos ido a hacer. Lamentablemente, la historia la escriben los vencedores y por eso se dijeron muchas mentiras. Cuando nosotros hablábamos de crímenes de guerra nadie nos daba bolilla y ahora sale un libro de un inglés sobre crímenes de guerra, y sale en todos los diarios. Me dolió mucho lo de la venta de armas al Perú. Yo a los peruanos los tengo ahí arriba, por el apoyo que nos dieron en la guerra. Si bien creo en la unidad latinoamericana, para mí los chilenos son otra cosa, como que no son de acá. Básicamente, es una cuestión de piel: no me banco ni a los yanquis, ni a los chilenos, ni a los ingleses."

Jorge Raúl Martínez

"Y, mal, la verdá es que ando mal, desocupado. Después de Malvinas alterné trabajos, trabajé en Manliba, en una fábrica de conservas, manejé un colectivo, y en el '87 ingresé a la Policía Federal, igual que mi viejo. El viejo me decía 'seguí mis pasos'. Yo quería ser médico pero no pude terminar la secundaria. Estuve ocho años en la policía, en Mendoza, pero me dieron la baja. Es que en el interior no hay mucho trabajo y te encanaban por cualquier cosa. Yo tuve 55 (días de) arrestos, todos por faltas menores, y por eso me dieron la baja. Yo me quiero reincorporar, pero en jefatura no me escuchan. Yo psíquicamente me siento bien, no me considero... en cierta forma se me fueron cerrando puertas y no he encontrado una salida laboral. Tengo registro profesional, escribo a máquina, hago de todo, pero por ser veterano se me cierran puertas. El fantasma es el volver a la sociedad y ser un ciudadano más común y corriente. Seguir siendo útil porque gracias a Dios volviste bien.

Conocí mucha gente buena. En Malvinas recibí una carta para un soldado de un señor que trabaja en la Biblioteca Nacional, que ahora es como un hermano. La gente lo siente. Los que no lo sienten son los políticos. ¿Sabés el orgullo que significa para mis tres hijos que el padre sea veterano de Malvinas? Es un orgullo inmenso. Quedaron en San Rafael con mi señora, Rosemarie. Cobran $192,50 de mi pensión graciable y pagan $160 de alquiler. No sé cómo hacen. La más grande necesita anteojos. Por eso me vine, porque si me quedaba en Mendoza me dedicaba a robar. Me vine con diez pesos en el bolsillo que me prestó mi viejo. Todavía no pude mandar ni un peso a San Rafael, ni sé si mi familia come.

Yo no soy un mendigo, yo todavía estoy en carrera. Jorge Martínez existe, puede escribir a máquina, puede agarrar un pico y una pala. Jorge Martínez puede seguir siendo útil a la sociedad y la patria. Ese es eldolor: todo lo que hiciste, lo que lograste, lo que fuiste, no sirve de nada. Queda en un triste papel, olvidado en algún escritorio. Solamente se acuerdan de vos el 2 de abril. Yo me considero un héroe, pero los verdaderos héroes son los que quedaron allá y siempre voy a honrar su memoria. No lo olvido, pero tengo que seguir viviendo, porque a una hija le tenés que dar pan. No le puedo decir en vez de pan, te doy Malvinas."

Carlos Ceferino Núñez

"Ahora estoy bien. Trabajo de custodia personal, tengo una rutina. Más o menos en el '87 recién me puse bien. Costó conseguir trabajo. Cuando pedían tu currículum y ponías ex combatiente, te dejaban de lado. Preferían chileno, boliviano, antes que un verdadero nacional. Me vine del Chaco hace ocho años, me casé, tengo seis pibes y vivo en un edificio usurpado en Avenida Mitre al 1600. En el Chaco no me dieron nada y me vine a buscar una nueva vida. Andaba medio mal porque me quedó el recuerdo de un pibe, Alberto Pavón Germano, al que no pude salvar. Me pedía que lo salve pero estaba mal, le faltaba un brazo y una pierna, y no lo llevé. Era del Chaco, como yo.

Me gusta correr peligro, arriesgarme me encanta. El 2 de abril lo agarré a Balza por la radio y lo cagué a pedos. Vengo de ver al psicólogo. Antes me gustaba, pero ahora me aburre con las palabras. Te trastornan más de lo que estás. Yo traté de matarme dos veces, pero el barbudo no me quiso llevar. Siempre buscaba pelea. Me gusta el arma blanca, tengo la cabeza partida de un machetazo de una pelea en el Chaco. Mi vida es estar en peligro. Hasta les di una mano a los policías de acá con los chilenos que andaban robando. El lunes agarré a un chileno, lo dejé medio muerto. Me gusta ver sangre, me encanta. Vos sabés que yo era medio cobarde y lo que me hizo duro de golpe es haber estado en Malvinas. Ahora, si yo tengo un arma es para usarla. Cuando volví de Malvinas, en el Chaco la usaba casi todos los días. Los sábados me gustaba tirarle arriba de la cabeza a los pibes. A mí me gusta la bebida fuerte y una vuelta le pedí dos pesos a un pibe para pagarme un trago y cuando se negó le volé los pelos. Me dijo, 'pero Carlos, casi me pegás', y bueno, si le pegaba, le pegaba. Me dio cinco pesos y lo dejé tranquilo.

Algún día tengo que cambiar pero cuesta salir de la trinchera. El temor que te come es el temor de querer salir siempre bien, siempre puntero. Con el arma te respetan. El gran miedo es a la humillación. Había un chabón, un tal Sosa, que se jactaba de humillar a mi familia, nos pegaba voleos en el culo. Lo hice gatear 200 metros en plena luz del día. Me pedía que no lo mate, y yo lo hacía comer tierra. Estoy mejor, llevo dos años en el mismo trabajo, pero me sigo peleando. Empiezo con la pulseada, después le pego un castañazo, y así. Cuando agarrás un viejo y lo azotás contra el piso, el corazón te funciona mucho mejor."

Julio Miranda

"Estoy bien. Pero ojo, que yo soy un privilegiado. En el '84 entré como ordenanza en el Banco Provincia. El año pasado me nombraron presidente de la comisión de veteranos de guerra en el banco, que somos 105. Mi trabajo consiste en hacer cosas para los veteranos adentro y afuera del banco. Tengo casa, obra social, y un sueldo de $1.200. En el banco preparamos un plan de salud especial para los veteranos, y la idea es difundirlo para que sirva de ejemplo en otros lados. Conseguimos líneas de crédito para que puedan comprar casas. Hicimos pasar una ley en la Legislatura de la provincia que exime a los veteranos de impuesto a las Rentas, caso único en el país.

El problema de la posguerra es que de repente volvés y no existís, ni para el Estado ni para la gente. Una persona que estuvo en una situación que no es ni más ni menos que una guerra, necesita atención específica para lograr una reinserción verdadera. No reclamo honores ni medallas; reclamo lo obvio y lógico: que el Gobierno convoque a todos los veteranos para hacerles un chequeo psicofísico, y después sentarnos a discutir y armar entre todos un plan de salud. Las cosas ya son bastante difíciles y el veterano encima tiene que cargar con la mochila de la guerra. Yo tuve que levantar compañeros muertos, viví en constante peligro, y todo pasó como una película. Tengo que convivir con eso el resto de mi vida. Me descargo en el gimnasio, pegándole a la bolsa, y con mi trabajo, que es una manera de seguir conectado. Mi objetivo es que se atienda la salud de cada veterano de guerra. El que tiene la posibilidad de hacer algo y no lo cumple, ya le va a llegar el castigo."

